

ta? Así, á lo menos, podríamos decir: queda sentado.

Voy á pronunciar acerca de este asunto mi última palabra: ¿queréis un gran consejo?... Pues bien: ahí tenéis el Consejo del Banco.



CUENTA CORRIENTE



CUENTA CORRIENTE

I.

HABER.

SE consideraba antes la economía como una especie de virtud ; la honradez de no gastar más de lo que lícitamente se tiene , ha sido por espacio de muchos siglos el punto de vista económico de la vida de la familia. Sea la que quiera la trascendencia de este problema, se ha resuelto siempre, como en un terreno propio, entre las cuatro paredes del hogar doméstico ; no había pasado de ser una cuestión casera , reducida á la sencillez de estos dos términos : « comer para vivir ». Mas ha dejado de ser virtud para pasar á ser ciencia , y he aquí que se ha convertido en vicio. « Vivir para comer », este es, en realidad, el caso económico en que nos encontramos.

Definiremos para entendernos : la economía

propriadamente dicha es la templanza; la economía científica ó moderna es la gula; la primera es el freno de todos los apetitos desordenados; la segunda es la satisfacción continua de todos los apetitos sin freno. Aquella tenía por objeto las necesidades materiales de la vida; ésta tiene por único fin todas las disipaciones del mundo. El bien material del hombre era, digámoslo así, un saco que se llenaba fácilmente; ahora el bien material del hombre es también un saco, pero un saco roto.

Aquella economía ramplona, rutinaria, empírica, no salía del círculo estrecho de las meras necesidades de la vida; hoy es una ciencia:

Ciencia de la riqueza.

Ciencia del valor.

Ciencia de los intereses materiales.

Ciencia del cambio.

Ciencia del trabajo y de su remuneración.

Ciencia de las leyes del mundo industrial.

Ciencia de la producción, de la repartición y del consumo.

Ciencia, en fin, independiente de la moral.

Averiguado todo esto, y principalmente lo último, es indudable que estamos en las puertas mismas de Jauja, ó que tenemos en nuestras manos la gallina de los huevos de oro. Y, en verdad, ¡quién nos tose con tanta ciencia!... A fuerza de investigaciones económicas hemos llegado á poseer el secreto de transformarlo todo en dinero. Los antiguos alquimistas se quemaron las cejas inútilmen-

te, buscando en la naturaleza ocultas combinaciones que diesen por resultado oro puro, sin presumir que la pingüe novedad de ese secreto estaba reservada á nuestro siglo, y que aquello que entonces se llamó Alquimia, había de llamarse ahora Economía política.

Realmente, la prosperidad pública parecía estancada en las manos muertas de ese conjunto de deberes morales que se ha apropiado el derecho de ordenar las verdaderas relaciones del hombre con los bienes creados; principio fundamental de una economía, en la que los intereses materiales son, ante todo, un medio necesario para ir viviendo, que proscribía la codicia, impone la caridad y exige la paciencia; sistema económico que se funda sencillamente en el ejercicio de todas las virtudes, como si la virtud hubiera sido alguna vez dinero.

No era posible dejar por más tiempo á la riqueza, que todo lo puede, en manos de la moral, que todo lo quiere.

El dinero, expresión compendiosa y fórmula corriente de todos los valores, necesitaba un bolsillo más hondo, y apeló al holgado recurso de una conciencia más ancha.

¡Cuartos! ¡Cuartos! ¡Cuartos! Esa es la síntesis científica de la nueva economía....

En el orden de los descubrimientos humanos, esta ciencia ocupa el lugar que legítimamente le corresponde.

Ha nacido casi espontáneamente, en el momen-

to mismo en que era más necesaria; ha venido á ser como una indemnización que nos compensa de los sacrificios morales que la vida del mundo moderno nos exige. Casi es un negocio lo que hemos hecho, y me atrevo á decir que un negocio redondo.

Nuestro contrato con la civilización en que vivimos consiste en un simple cambio de toma y daca. Dame degradaciones y toma placeres, véndete para ser libre, envilécete para ser dichoso; y, sea como quiera, ello es que se han abierto á la producción, á la repartición y al consumo nuevas fuentes de riqueza. No podemos negar el testimonio de nuestros sentidos, porque es patente el espectáculo universal del lujo que nos deslumbra. La superficie que se nos presenta no puede ser más brillante, ni más popular el fausto.

Vivimos como príncipes, porque aun cuando todavía no hay palacios para todos, difícilmente se encontrará un hombre que no lleve en su imaginación la realidad inmediata de un palacio. El palacio es el bello ideal de nuestros días, el objeto de las más vivas aspiraciones y el fin supremo de la vida. Más allá de esa ostentosa perspectiva que reúne todas las realidades de nuestras esperanzas, nada vemos, nada distinguimos, y, lo que es más, nada deseamos. ¡Cuán original es el contraste que ofrecemos: la democracia en las costumbres, en las ideas, en las constituciones políticas; la aristocracia en los deseos!... Es á la vez extraño y admirable el movi-

miento encontrado por medio del que se realiza el bienestar del género humano; conforme se extinguen las jerarquías, se aumentan los palacios; en la misma proporción en que se anulan las potestades, crecen los potentados: como si dijéramos, el palacio del duque de Abrantes pasa á ser palacio de *La Correspondencia*; la gloria de una estirpe se aparta para que pase el éxito de una industria: aquélla es la verdad de una historia; ésta es la mentira del día: aquélla se ha perpetuado de siglo en siglo; ésta se ha hecho cuarto á cuarto.... Aquéllo será el honor; ésto es la ganancia.

Un palacio lo tiene cualquiera: se puede decir que está al alcance de todas las fortunas, y, sobre todo, al alcance de todos los deseos. ¿Quién no lo apetece? Y aún se puede añadir: ¿Quién no lo alcanza? Sin embargo, hay gentes que todavía no han acertado á salir de las cuatro paredes de su casa; pero viene á ser lo mismo, porque el que no posee un palacio lo sueña, el que no lo tiene lo busca, y el que lo busca lo espera. ¿Por qué no? El desarrollo de la riqueza ha llegado á un punto realmente fabuloso; los *hoteles* caen ya por las chimeneas. ¡Soberbio absurdo! *Hotel* es una palabra francesa que encierra tres sentidos análogos: es al mismo tiempo la *toilette*, el *ménu* y el *comfort*; las tres necesidades definitivas de la vida moderna; más aún: la vida misma. Sin estos tres requisitos, acaso nos sea permitido respirar, pero nos será muy difícil vivir. Desde el momento en que apareció en el

mundo civilizado la figura familiar del rey ciudadano, los ciudadanos fueron realmente los reyes, y en esta combinación de majestades, todos queremos palacios; de manera que el ansia de lujo que nos devora no es solamente una necesidad apremiante de nuestra vida, ni un rasgo económico de nuestro siglo; es, á mayor abundamiento, un derecho, y no así como quiera, sino un derecho constitucional. Para conocer toda la fuerza de prosperidad que en sí encierra, basta advertir de qué modo se han multiplicado los palacios á la sombra de las constituciones. Y, ¡cosa tan natural como admirable!, cuanto más democráticas son las constituciones, mayor es el número de palacios que, digámoslo así, surgen del cieno de la tierra.

Y bien: no todos hemos conseguido la realización del sueño dorado de nuestra época; al menos, así lo parece á primera vista; mas si prescindimos de la humilde apariencia de las casas y penetramos un poco en el fondo de las cosas, veremos que el palacio, si no está en la grandeza arquitectónica de la fachada, ni en la suntuosidad de las habitaciones, está perfectamente delineado en las costumbres. Cada casa viene á ser en pequeño el plano del futuro palacio, porque el lujo palpita en el seno mismo de la pobreza: se puede omitir lo necesario; pero ¿quién se priva ya de lo superfluo? El lujo no consiste tanto en la seda que cruje, en la alfombra que ahoga los pasos, en el ébano siempre de luto, en el mármol siempre frío, en el oro

amarillo como la envidia, en los diamantes duros de corazón como la soberbia. No: el verdadero lujo consiste principalmente en las disipaciones, en los desvanecimientos de los placeres, en el refinamiento de las costumbres, en los vicios. Encontraréis pobreza, descubriréis miseria, veréis hambre; pero jamás modestia, humildad nunca; llevamos el lujo en los apetitos. En cada casa hay un palacio, lóbrego, estrecho..., bien; pero palacio: palacio doblemente lujoso, en razón á que se gasta lo que no hay y se derrocha lo que no habrá nunca. Allí se levanta también viva, urgente, implacable, la necesidad de la *toilette*, del *ménu* y del *comfort*.

Esta opulencia se percibe claramente en los pormenores del vestido y en los adornos de la persona. Yo no acierto ya á distinguir una mujer de una señora; todas resultan cortadas por el mismo patrón, y vestidas por la misma modista, y peinadas por el mismo peluquero. La diferencia estará en el valor de las telas, pero, entretanto, todas parecen princesas más ó menos destronadas: unas casi lo son, otras quieren serlo. Semejante mancomunidad de faldas y sobrefaldas, de colas y de cogidos, es como la marea del lujo que baja en ondas de encaje y sube en ondas de lana.

Pero, mientras los prodigios económicos no entregan á cada uno las llaves del hotel que le corresponde, se ha cuidado con atenta solicitud de rodear á la familia humana de todas las satisfacciones

de la opulencia. Las grandes poblaciones se abren delante de nosotros, como inmensos palacios destinados á hospedar una raza de reyes, animando los impulsos del fausto particular con las espléndidas manifestaciones del fausto público.

Bien puede la miseria darse con un canto en el pecho, en señal de regocijo, porque, sean las que quieran las estrecheces de su vida y las angustias de su pobreza, no le han de faltar jardines en que entretener sus necesidades, paseos en que recrear sus pensamientos, espectáculos de puro lujo donde alimentar el afán de la riqueza.

En las aldeas apartadas de la corriente del siglo, en los campos alejados de los esplendores del mundo, encontrarán probablemente los aficionados á antigüedades, familias ignoradas, que creen vivir contentas con el pan nuestro de cada día, el trabajo diario, el sol de todas las mañanas y el sueño de todas las noches; sin más lujo que el de la tierra que florece bajo sus plantas, y el del cielo que se extiende sobre sus cabezas. Pero aquí, en medio de tanta opulencia, en el foco mismo de tanta grandeza, ¿quién puede haber que se resigne á ser pobre? Económicamente considerado el caso, ¿quién duda que este estímulo continuo que empuja á los goces materiales de la vida, no ha de despertar el ansia de la riqueza y el horror al trabajo, abriendo á la prosperidad pública esa serie de industrias con las que tantos caracteres se envilecen y tantos bolsillos se llenan? No es posible trabajar

para vivir, donde todo nos sale al paso y nos grita: vivir para gozar.

Aquí, aunque sea en comandita, ello es que al fin tenemos el palacio con que soñamos. La casa podrá ser estrecha, oscura, realmente pobre; pero, ¿qué es en resumen la casa? El rincón donde nos escondemos por algunos momentos, espacios que se encuentran entre los bastidores que forman la gran decoración del mundo, escondrijos de la vida, refugio contra los acreedores siempre modestos. El palacio lo tenemos fuera de nuestras casas: en los casinos están nuestros salones, en los cafés tenemos los gabinetes en que recibimos á los amigos de más íntima confianza.

—¿Dónde vive V.?

—¿Yo? ¡Bah!.... vivo donde todo el mundo.... ¡Psh! De una á cinco, en el café; desde las nueve de la noche á las tres de la mañana, en el Casino.

Hay muchas gentes que no viven en otra parte: las citas en los cafés, las entrevistas en los casinos, las comidas en las fondas; en las casas no se encuentra á nadie; nadie está nunca en su casa. Las casas, pues, son inútiles para los hombres; son un recuerdo tradicional de la familia, pura arqueología, y sólo se conservan como una necesidad de las calles. Tenemos la *toilette* en la peluquería, el *ménu* en Lardhy ó en Fornos, el *comfort* en el Casino; el coche le tenemos siempre á la puerta. ¡Oh prosperidad inaudita! Todos tenemos coche.

Mientras llega el momento económico en que cada uno posee un palacio particular, ¿no hemos de contentarnos con el usufructo de este palacio común en que todos habitamos? La cuenta es clara, y el haber de lujo que arroja esta primera página del libro de nuestra prosperidad no puede ser más satisfactorio: la industria hace prodigios, el comercio maravillas, el negocio milagros. Por una parte, todo es placer; por otra parte, todo es fausto.

¡Qué diferencia! Hace dos siglos todo se justificaba por maravedises; hoy todo se valora por millones. Podemos decir que corren delante de nuestros ojos ríos de oro. ¡Qué actividad en la producción! ¡Qué movilidad en la repartición! ¡Qué rapidez en el consumo!... Todo es dinero...., porque todo se compra y todo se vende; todo se alquila y todo se negocia.

Detengámonos aquí á contar la enorme suma de nuestras ganancias, y otro día volveremos la hoja.



II.

DÉFICIT.

LA miseria de las clases obreras ha venido á ser la gran cuestión de la época actual, y que es á la vez inmensa y abrasadora. » Así se determina á confesarlo un eminente economista. Otro, igualmente ingenuo y no menos eminente, se descuelga diciendo: « La miseria crece al par con la grandeza misma de Inglaterra. Por todas partes vemos magníficos palacios, á los que nada en el mundo puede compararse. Para amueblarlos y adornarlos se han puesto á contribución todos los climas. ¡Qué no podríamos decir de esas mullidas alfombras, de esos ricos y gruesos cortinajes, de esos suntuosos lechos, de esos espléndidos trenes, en una palabra, de esos refinamientos de magnificencia á que no se había aproximado el

esplendor de los tiempos antiguos! Pero mirad detrás de todo ese aparato de lujo. ¿Qué es lo que veis? Un pueblo agobiado de miseria y de dolor».

Canning, también economista, pero más sensible, se aflige ante el espectáculo que le ofrece la Gran Bretaña, donde, por una parte, ve riqueza y lujo sin límites, y, por otra, el aniquilamiento de millares de seres humanos amontonados en cuevas y en madrigueras sin sol y sin aire; y casi enjugándose las lágrimas, exclama: «La miseria, el hambre y la abyección á la vista de nuestras suntuosas viviendas y de nuestras inagotables profusiones, nos chocan más que ninguna otra miseria del mundo».

Miguel Chevalier no se muerde tampoco la lengua, y acude también á declarar como testigo en el pavoroso concurso de acreedores que se nos viene encima. «Nuestra civilización, dice, se ve obligada á hacer una triste confesión: en nuestros Estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres, cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las sociedades antiguas.» Tenemos, pues, detrás de la prosperidad permanente, la pobreza crónica; detrás del lujo que crece, la escasez que aumenta. Al volver la hoja de nuestro fausto nos sale al encuentro la miseria, la doble miseria del alma y del cuerpo: abyección y hambre. Detrás del industrialismo próspero, floreciente,

inagotable como jamás se ha conocido, el pauperismo sombrío, amenazador, implacable como nunca se ha visto.

En la superficie, todas las disipaciones de la opulencia, todos los egoismos de la sensualidad, todos los faustos del placer; en una palabra: el paganismo de la riqueza. En el fondo, todas las necesidades sublevadas, todos los apetitos desencadenados, todos los vicios en combustión; lo diré de una vez: el paganismo de la pobreza.

Aquí, riqueza sin caridad; allí, pobreza sin resignación. Aquí, el capital que todo lo quiere; allí, el trabajo que todo lo pide.

Cuanto más se produce, más se necesita; lo que hay es la medida fatal de lo que falta; la miseria es más grande que el lujo, como la sombra es más grande que el cuerpo; parece que el hambre crece al ruido de los festines, y al mismo tiempo que la riqueza se suma la pobreza se multiplica.

Ved bien el extraño fenómeno que ofrece nuestra prosperidad: todos somos ricos. Muy bien; pero he aquí que nadie tiene bastante; el dinero mismo sale todos los días en busca de dinero. Toda cantidad no es, en rigor, más que la necesidad de otra. ¡Cuán triste es el destino de la riqueza! Jamás está satisfecha de sí misma.

En nuestra cuenta particular nos debemos siempre más dinero del que tenemos, de manera que estamos constantemente en déficit con nosotros mismos.

Este desnivel entre la realidad de nuestros bolsillos y las necesidades de nuestros apetitos, no es un caso íntimo que permanece oculto en el libro reservado de nuestras cuentas galanas: es, por el contrario, un hecho universal y público que se manifiesta de continuo en la producción, en la repartición y en el consumo. Sin duda alguna estamos abocados á un diluvio, en razón á que la liquidación creciente es el estado económico en que nos encontramos.

Pero, ¡bah!, la deuda es nuestra riqueza, pues por un prodigio de la ciencia que ha venido á ordenar las relaciones del hombre con los bienes materiales, resulta que aquel que más debe, es el que más tiene, en atención, sin duda, á que es el que menos pone. Así el deber ha pasado del orden moral al orden económico. Multiplicada la riqueza por las cifras imaginarias del crédito, hemos llegado á una propiedad realmente fabulosa, olímpica..., más aún, mitológica.

El tránsito de la economía propiamente dicha á la economía ciencia, consiste en haber cambiado de acreedor.

En la necesidad de deber, base de nuestra opulencia, en vez de deberle á Dios los bienes de la tierra, hemos preferido deberlos á los hombres. El negocio no es enteramente redondo, porque el pagaré firmado para la otra vida habrá al fin que pagarlo en ésta, en atención á que los hombres no esperan y la urgencia se hace cada vez más viva,

más apremiante, y cada uno cree que ha llegado la hora improrrogable de tomar su asiento en el banquete del mundo. Ya se ve; la miseria hambrienta y desnuda no quiere morir sin haber vivido....

Muerto Dios en la conciencia humana, la naturaleza viene á ser una especie de testamentaria, de la que la ciencia económica se hace único albacea; y he ahí su apuro. ¿Cómo reparte los bienes de la tierra entre tantos herederos?

Bien quisiera, como el escribano del cuento, que se tirara del cordel para todos; pero la naturaleza, tan rica de suyo, no se presta fácilmente á subvenir á las necesidades del hombre, si el hombre mismo no la fecunda con el sudor de su frente; y esa especie de teología del Hombre-Dios anda á tientas buscando en las obscuridades de sus especulaciones la solución de un problema que no tiene solución.

Indudablemente, la vida actual está llena de goces y fastuosidades; el mundo, ilustrado con todos los refinamientos del placer, nos convida á la delicia continua de un festín perpetuo; pero, por más vueltas que se le dé á la espléndida mesa del banquete, siempre resulta que no hay cubiertos para todos.

La cuenta no puede ser más clara.

Lujo, mucho lujo, lujo que deslumbra.

Miseria, mucha miseria, miseria que espanta.

Manos abiertas que recogen y derrochan.

Puños cerrados que piden y amenazan.
 Un mundo en el que nada es bastante.
 Otro mundo en el cual todo falta.
 El dinero que se cuenta, y dice: Quiero.
 La fuerza que se mide, y grita: Puedo.

Entretanto, el déficit, creciendo como una inundación subterránea, ruge sordamente en las entrañas de la sociedad y agita con continuos estremecimientos la brillante superficie del mundo. La producción, lanzada de continuo á las eventualidades del azar, flota como las tempestades al capricho de los vientos, y brilla un momento como los relámpagos: apenas aparece, cuando es disipada; el fruto del trabajo lo devora el hambre de la miseria casi antes de ser producido, y los capitales, arrastrados por el ansia de la ganancia, mueren agotados poco después de haber nacido, dejando, como restos del naufragio, ruinas, desolaciones y suicidios.

Jamás la posesión de los intereses materiales, único y supremo bien de nuestros días, ha sido más instable.

La riqueza, poseída de horrible impaciencia, como si tuviera contados los días de su vida, se mueve desesperada, con la rapidez del vértigo; da vueltas como torbellino alrededor de sí misma; va y viene, entra y sale, sube y baja, y queriendo estar á la vez en todas partes, no está realmente en ninguna.

Y bien: ¿qué hacemos?... Porque es el caso

que el déficit crece y se propaga lo mismo que un contagio; se sienten sus rudas palpitaciones en el oleaje amenazador de las huelgas; crujen los poderosos resortes de su organización en las asociaciones internacionalistas, y estalla el furor de sus ardientes apetitos en las explosiones de la *Commune*.

Ya no es la pobreza que trabaja y gime escondiendo su desnudez bajo el manto esplendoroso del lujo; es la miseria que pide goces á la opulencia; son los harapos que piden seda á la seda; es el fuego de todas las pasiones excitadas, de todos los vicios conmovidos que amenazan con el incendio de todos los faustos y con la ruina de todas las grandezas.... ¡Ah!.... ¡Si pudiéramos sobornarla...!

Pero bien: ¿qué hacemos?... Veamos.... La ciencia tiene recursos para todo, y he aquí uno:

Aumento de salario.

¡Magnífica idea!.... Fuego al fuego.... agua al mar....

Sí; cantemos la misma miseria y el mismo lujo en un diapasón más alto. Aumentar el salario es aumentar el valor de todas las cosas; subir el salario es simplemente hacer más cara la pobreza.

Busquemos otro.

Impuesto forzoso sobre la riqueza en favor de la miseria.

Aquí tenemos á la caridad vuelta del revés. Esta virtud, acercándose al oído de la riqueza, le decía:

« Tanto te sobra. »

Y bajaba la voz añadiendo :

« Todo lo que sobra á tus propias necesidades se lo debes á las necesidades ajenas. »

Así, como quien no quiere la cosa, imponía al lujo la obligación de socorrer la miseria ; y tira de aquí, y tira de allí, siempre encontraba algo que voluntariamente salía del bolsillo de los ricos para socorro de los pobres.

Perfectamente ; pero la ciencia no puede tolerar esta coacción sorda, ejercida sobre la conciencia que hemos declarado libre, y dejando el deber moral como cosa perdida, y reconociendo en la miseria el poder de una institución, propone el recurso de un impuesto forzoso para mantenerla, como si dijéramos, para conservarla. Es la lista civil destinada á la real majestad de las masas. Aquí la lógica de la ciencia descubre toda su implacable ferocidad, porque, en substancia, su razonamiento es este :

« Lujo, dice ; la miseria es tu obra, á ti te toca mantenerla ; ha nacido de tus entrañas, y es preciso que la alimentes con tu bolsillo. »

Es la ciencia que asalta á la riqueza en la encrucijada de la miseria ; no es la necesidad que suplica, es el hambre que muerde ; no es la mano que espera, es la boca desencajada que enseña los dientes.

Aún queda otro recurso : organizar el trabajo. Esto es, reducirlo á la esclavitud de un reglamen-

to, someterlo á un régimen, como si fuese una enfermedad ; intervenirlo, administrarlo ; substraerlo de la Ley Divina, y por consiguiente inmutable, que lo impone, para entregarlo á la caprichosa inconstancia de las leyes humanas ; arrancarlo del calor de la familia, que lo vivifica y lo ennoblece, para exponerlo al frío mortal de las fábricas, donde se hiela y se degrada.

¿ Y cómo ? ¿ Dónde está el resorte prodigioso por medio del que la voluntad del hombre pueda dirigir reglamentariamente las funciones de ese gran aparato ?... Equivaldría á querer dar leyes á la naturaleza.

¿ No le basta ser trabajo ? ¿ Es preciso además que sea forzado ? Queréis contener el agua en un vaso sin fondo, y sujetar el aire entre las manos.

Mas no importa ; la dificultad se resuelve por sí misma : demos lujo al lujo y trabajo al trabajo. Hemos encontrado los términos propios del problema, y vamos á plantearlo. ¡ Ah ! El mundo es ya nuestro.

Aumento indefinido de la producción.

Aumento indefinido del lujo.

Veamos el caso claramente :

Más producción, más lujo ; más lujo, más miseria.

¡ Es singular !... Todas las calles de este laberinto vienen á parar siempre al mismo punto : al déficit.

Retrocedamos, y esperemos aquí la última pa-

labra del oráculo: oid bien la sentencia suprema de la esfinge:

Diminución del consumo.

¿Cómo?

Disminuyendo los consumidores.

Aquí sobra, por lo menos, la tercera parte del género humano, y falta un verdugo; porque la solución definitiva de la ciencia es una epidemia que nos diezme, ó un terremoto que nos sepulse.

Es preciso que se mueran inmediatamente todos aquellos que no tienen sobre qué caerse muertos. Porque, ¡oh absurdo incontestable!, «somos demasiados para el banquete de la vida».

La cosa es terminante: «cuando un hombre nace en una sociedad que ya está ocupada, si la sociedad no necesita de sus brazos, en realidad está de más.

»No hay cubierto para él en el festín de la naturaleza.

»La naturaleza le ordena que se vaya, y no tardará en poner en ejecución por sí mismo este mandato».

Así habla la sabiduría economista. En su aritmética, le es más fácil restar hombres que restar lujo.

¡Qué ha de hacer! Ha tejido hilo á hilo un soberbio cordón de seda y oro, y semejante al Gran Turco, nos lo envía para que nos ahorquemos.

Habéis sacado el trabajo de la virtud, y está

en los vicios; lo habéis arrancado de la familia, y está en el club; lo habéis arrojado de la casa, y está en la calle.

Lujo sin conciencia y pobreza sin fe, son doble miseria.

El déficit no puede ser más espantoso.

